

DALMIRO Butierrez era peon del establecimiento "La media agua" cuando en uno de sus viajes al pueblo conoció a Candelaria, la hija de la vieja curandera doña Pancha Mederos. El rancho de ésta distaba tres o cuatro leguas de la estancia, y una tarde en que él pasaba por el camino, sintió que una voz de mujer lo llamaba en desesperante ruego.

—Don, don!...

Volvio la cabeza, extrañado, y vió una muchachuela desgreñada y llorosa que le hablaba entre sollozos:

—Mama Pancha se ha caído, don, al lao del manantialcito y yo sola no la he podido levantar... Debe haberse hecho algo porque se queja... Haga al servicio...

Se tiró Dalmiro del caballo y mientras la muchacha lo guiaba por entre un doble cerquito de madreleñas y achiras, la observó: flaca, alta, cobriza, apenas las turgencias de la pubertad se le insinuaban bajo los vestidos humildes; con el pelo alborotado tenía algo de bello y de salvaje, como un animal hurano.

Come a los cincuenta metros, junto a un saque florón, estaba el manantial y allí al lado, tirada, inmóvil, una mujer gruesa, medio vieja...

Por decir algo, habló Dalmiro:

—Y cómo jué?

La yacente abrió los ojos, se quejó largamente, y como si quisiera tranquilizar a su hija, explicaba:

—Un refalón... uno es medio pesadona... pisé una piedra que tenía mugo y me fui de lao... Me duele un poco la pierna, no me puedo parar y m'hija, la pobre, por más que ha hecho, no ha podido... como uno es media pesadona...

—A ver si la sentamos, doña...

Y el gauchito la enderezó un poco mientras ella gemía.

—Y pararse no podrá?

—No, que debo estar destroncada... por lo menos muy sentida 'e la pierna.

La muchachita estaba parada, indecisa, con sus ojos llenos de lágrimas, mirando agradecida a Dalmiro, y éste, tras cavilar un poco, expuso su plan de acción.

—Mire, mocita, vamo a traer algo en que subir: un cuero, una carona, y la arrastramo hasta las casas, sino no vamo a poder y cal la noche.

La vieja indicó el sitio donde estaba un cuero con que cerraban la puerta de la cocina en invierno.

Trajeron el cuero y unas colchas y colchinos; los colocaron como una cama en el suelo e hicieron dar vuelta a la pobre mujer que no podía contener los gritos de dolor, y después, mientras Dalmiro tiraba despacito, lentamente, la muchacha sujetaba a su madre por la espalda.

Sudaba el pansanito y sonreía y no pudo menos que reír la compañera ante la escena que resultaba tan cómica. Lo que les costó más trabajo fué subir a la vieja cama de fierro que rechinaba bajo las diez arrobas y pico.

—Cómo le quedamo agradecida, mozo...

—No hay de qué —moduló Dalmiro, mientras con la palma de la mano se secaba el sudor de la frente.

—Dale un trago 'e cañá, m'hija... Arrímalte en banco...

La muchacha, callada, tímida, le había seguido la caña a Dalmiro, había encendido una vela de sebo, y se perdió en la penumbra del rancho, como ocultándose.

Y el gauchito, agradecido, tomó la bebida y se ofreció todavía para cualquier cosa.

—Muchas gracias, le decía la vieja. Remedios tenemos, somos del oficio, por cuando se le ofrezca. Me toqué y no debe ser nada; con unas fletaciones de grasa 'e lagarto me v.ia componer pronto.

Se quedaron todos callados hasta que Dalmiro, como despedida, pronunció un:

—Ta güeno, me v.ia dir, entonces.

—Ya sabe, que casa a sus órdenes.

—Gracias.

Y cuando salía, vió sobre un estante en la pared una acordeón, y comentó:

—Les gusta la música? Yo también soy un poco aficionado y me v.ia venir pa ver como sigue y entretenerla un poco.

—Como no, le aceptó doña Pancha.

Y la muchacha acompañó a Dalmiro. Este al salir la miró y le dijo despacio:

—Creo que vamo a ser amigos... ¿cómo se llama?... Y le alargaba la mano.

La chinita le dió la suya y le articuló quedo, bajando la vista:

—Can de la ría...

Candelaria, Candelaria... pronunciaba Dalmiro en tanto apuraba al matunguito, al que le había hecho bien el imprevisible descanso.

—Como no v.ia venir, remató su pensamiento que seguía fijo en las nuevas amigas.

—Lo que son las güeltas de la vida; tantas veces que pasé frente a este rancho...

Antes del domingo, una tarde, se dió una vuelta a ver cómo seguía doña Pancha. Lo recibieron muy contentas. Se mejoraba la anciana curandera y le recordó a Dalmiro la promesa de la música.

Tenía la tarde esa vaga tristeza melancólica de nuestros campos del norte. Son enormes y llanas las extensiones de tierra; tienen escasos bosques y las sabanas verde-amarillentas de los pastizales parece que se quejan cuando cruza el viento.

Con pocos temas y terminados en su iniciación...

—Trabaja pa aquí?

—En "La media agua"... soy mensual...

—Ah...

—Mira pa juera?, Candelaria...

—...

"Los gurises"

Cuento de Montiel Ballesteros

—Ya andará novlando?...
Y la vieja terciaba, sentenciosa:
—Deje, Dalmiro, no ve que tuavía no ha emplumao y pájaro de ala pelada en cuanto vuelva se cal...
...Vino bien, pues, el recurso de la acordeón para alargar la visita, aunque la contitud de los aires melancólicos parecía haber traído toda la pesada tristeza de los campos.
—Toca lindo...
—Así nomás...
Volvio Dalmiro el domingo; siguió viniendo, y cuando daba vuelta en el magín la idea de pedirle relaciones a Candelaria, en quien empe-

—Candl, salí, pues, a despedirte 'e tu novlo...
La chinita toda ruborizada se asomó. Dalmiro miró la saludó muy grave, montó a caballo, y le dió dos o tres chirlos al matungo, como desquitándose de todas las intensas emociones que le estuvieron torturando en aquellos momentos interminables.
Volvio con algunos pesos. Compraron lo indispensable. Agrandaron un poco el rancho. E hizo nido el gauchito.
Pasó el tiempo. Su mujer le dió un guri, después otro y otro.
Entre tanto murió la vieja curandera... El dueño del campo donde estaban les intimó el desalojo y se tuvieron que ir a hacer el rancho



zó a descubrir secretos encantos, doña Pancha le salió al cruce.

Se había animado a cantar aquel día y v.ia que hubiera preferido hacerlo con la guitarra, consiguió dar expresión a sus décimas de amor.

En una de las veces que la indecisa fué a la cocina con el mate, la vieja lo interrogó:

—¿Usted gusta 'e la muchacha, Dalmiro?...

El la miró, levantó la vista al quince de paja del rancho, observó si aquella lo podía oír y se resolvió a contestar afirmativamente con la cabeza.

—Hum...

Volvio Candelaria. La mandó no sé a qué la curandera y prosiguió la plática:

—Y, le ha dicho algo?...

—Tuavía no.

—¿Güeno, continuó ella, ¿quiere que lo deje solo pa hablarla? —y antes que el pansanito reaccionara salió para afuera.

Al momento entró la muchacha que reflejando la irresolución de Dalmiro, pronunció apenas perceptiblemente:

—Mama me dijo que usted me quería hablar.

El cruzó la pierna; trenzó sobre ésta, bajo la rodilla, las manos entrelazadas y tartamadeó:

—Es verdad... —Tragó saliva, como si se le hubiera atragantado lo que iba a hablar y le vantándose, al darle la mano:

—Mire, Candelaria... las... las mujeres se entienden mejor... mejor es que se lo diga ella —y ya fuera de la puerta, gritó:

—Doña Pancha!

Venia doña Pancha zarandeándose como una pata, sonriendo maliciosa:

—Y dí. ¿Hay?

—Es difícil la cosa... Yo le iba a pedir que le dijese usted.

—Decídido el mozo... Si yo ya había desconfiado y ella también... Vengo a tener un hijo nuevo entonces...

Dalmiro sonreía. Se fué hasta el caballo y le apretó la cincha, y sin mirar a la curandera habló:

—¿Güeno, v.ia a venir mañana pa arreglar todo. Le dió la mano a la vieja, que llamó con tanta:

cer con las criaturas, sorprendidas, junto a la pobre yacente?

Había que resolverse a algo. Imposible ir a la estancia; no podía dejar "eso" solo; mandó al más grandecito... Prendió una vela y pensó adolorido:

—Que 'i habré hecho a mí Dios!...

Se arrodilló al lado del lecho y le dijo a los hijos:

—¡Iniquensén, m'hijos... así...
Llegó gente de la estancia. Vino hasta la señora. Ayudaron con tan buena voluntad que Dalmiro no sabía cómo agradecer.

Los crudos momentos pasaron como en un zumbido de su pobre cabeza simple. Pareció que las ideas se le hinchaban dentro del cerebro hasta hacersele dolor, y eran dos o tres pensamientos centrales que nacían punzándole, insistentes, tenaces, repetidos...

A la vuelta del cementerio se despidieron dejándolo solo, los que acompañaron "la finchita". Algunos vecinos, los peones de la estancia, otros conocidos...

Sin pensar, atribulado, veía y oía todo como si su volición fuera también muerta.

...Y los miró alejarse cual si todavía le hubieran vasen algo más...

La señorita se había ofrecido para cuidar los pobres "guachitos". El padre los acompañó a la estancia y a pesar de los reiterados pedidos de que restara allí, no aceptó; a las preguntas de para qué iba a volver solo a su rancho, respondió:

—Pa qué?... Pa qué... Aquello no se preguntaba...

Cuando, al tranquilo de su matungo, llegó a su rancho, estaba oscuro. Desensilló, le dió agua al caballito, y al entrar en la habitación se sacó el sombrero.

—Le preguntaban pa qué venía... —Y no podía explicarlo, pero sabía que era para sentir más honro, más consigo mismo, aquel dolor de su vida!

No podía llorar. Estaba inquieto. Agarró acordeón que parecía gemir tristemente. Después salió afuera y miró las luces de la estancia, donde estarían, quizá en vela, con los grandes ojos abiertos en la sombras, los huérfanos.

Allá anduvieron los muchachitos como perdidos, yendo de la cocina al patio y al galpón como unos perritos miedosos, sin animarse a preguntar, a pedir la "mama".

Parecían comprender. Callaban...

Dalmiro se acostó. No pudo dormir. Como si tuviese fiebre revivía vertiginosamente su vida; el encuentro con la que había de ser su compañera, "la patrona"; el nacimiento de los hijos; las escenas de todos los días; aquella vez que los muchachos hacían chillar la puerta y se hampaban en ella, y le pareció debía contarles:

Diego, Pedro, Dalmiro, canejito!... Juegan no más con lo ajeno, diablos!...

Y se volvió a enternecer el alma como aquel día:

—Pobrecitos!

Se daba vueltas en el recado, en la cama provisada, ya que no quiso acostarse en el lecho. No había que hacerle, no podía dormir. Se levantó; salió, y miró el cielo. Había pasado las horas.

—Prontito vienen las barras del día —murmuró, viendo en el oriente diluirse en un suspiro el cielo azul.

Brillaban aún las estrellas.

Junto unas charamuscas y entró a la cocina a prender fuego. Calentó agua y empapó el mate.

Se cansó de tomar el amargo.

Estaba mojado, más que si hubiese galopado todo un día.

Todavía le ahogó un suspiro cuando miraba con sus ojos en el cielo, que se aclaraba, como si esperase algo de lo alto.

Se quitó el sombrero, y le hizo bien la cabeza fresca y dulce que le acarició la frente dolorosa.

Los pensamientos siempre tenían la raíz en la muerte...

Miró hacia la estancia:

—¿Dormirían los inocentes? pobrecitos!...

Por allá abajo, en la cañada, se perdían tres sombrillas; después las vió aparecer de nuevo repechando la loma; más tarde, en la ciudad matinal, los distinguió claramente: tres sombrillas, mansas, caminando despacio, juntas de la mano, venían "pa las casas"; eran "gurises"...

Entonces Doró.

SAL DE FRUTAS

"ATHENA"

DIGESTIVA
después de una
comida copiosa

LAXANTE
"en ayunas"